

DECLARACIÓN DE GRANADA

La ciencia es parte de la gran aventura intelectual de los seres humanos, uno de los muchos frutos de su curiosidad, del intento de representar el mundo en que vivimos. Como producto del pensamiento humano, la ciencia es un componente medular de la cultura, por lo que resulta urgente llevar a la consideración de todos, especialmente de los intelectuales de formación humanista, que la ciencia no es una actividad extraña a la vida y que, por tanto, sus respuestas también son de carácter cultural. Más aún: las ideas científicas, a veces de modo velado, condicionan profundamente las ideas sociales.

Parece indudable que para resolver muchos de los problemas de nuestro mundo se requiere más investigación científica, un nuevo talento y una articulación permanente con las demás formas racionales de aproximación a la realidad. Ni el miedo, ni el desdén, ni la reverencia son los sentimientos más convenientes para relacionarse con la ciencia. La curiosidad y la confianza parecen, en cambio, actitudes más acertadas. Parte del interés social por la ciencia está provocado por la magnitud y la velocidad de los cambios sociales, estimulados en gran parte por los descubrimientos científicos. La ciencia puede cambiar nuestro destino como seres humanos. La información, por lo tanto, es una ayuda indispensable para el debate ético.

Hay que desterrar la idea de que el debate científico concierne únicamente a los especialistas. En ese sentido, se vislumbran signos esperanzadores de la quiebra del desencuentro tradicional entre la comunidad científica y la sociedad. Está comenzando a fraguarse un nuevo compromiso social con la ciencia que afecta a los científicos, a los ciudadanos, a los gobiernos, a los educadores, a las instituciones públicas, a las empresas, a los medios de comunicación... El apoyo a la ciencia por parte de la sociedad deberá ir manifestándose en los próximos años no sólo en una mayor provisión de fondos para la investigación, sino en la creación de nuevos instrumentos de participación social: comités de bioética, organización de encuentros y debates, canales específicos de información...

Es notorio el desequilibrio que existe hoy entre el interés ciudadano hacia la ciencia y la escasa oferta informativa. Comunicar a la sociedad lo que hacen los científicos ya no puede estar ligado a la voluntad personal, a la eficiencia de los gabinetes de prensa, a la mayor o menor simpatía del investigador, a la concepción más o menos social de su trabajo. Hay que pensar en la sociedad, aprender a dirigirse a los ciudadanos no desde la suficiencia, sino desde la modestia, saber dar una información inteligente y al mismo tiempo inteligible. La claridad no puede ser nunca sinónimo de simplificación, sino de calidad comunicativa. Hay ciertos riesgos de la comunicación científica que es preciso evitar: la trivialidad, la búsqueda de titulares sorprendentes, el efectismo, la demagogia, la falta de claridad, la confusión entre los ensayos y los resultados reales...

No es una cuestión menor determinar el carácter del lenguaje científico, o mejor, el del lenguaje con que se ha de comunicar la ciencia para alcanzar una comunicación eficaz y fluida entre los científicos y la sociedad. Es un reto para todos y ha de ser motivo de reflexión permanente. Los científicos deberían vencer sus reticencias a hacer comprensibles sus investigaciones, a hablar a los ciudadanos de un modo diferente a como hablan a sus colegas; los periodistas, por su parte, deberían hacer un esfuerzo para mejorar su preparación y buscar una mayor especialización. Las empresas editoriales y de comunicación deberían ser sensibles a este desafío y tratar, en consecuencia, de ensanchar los espacios dedicados en sus medios a la ciencia. Los nuevos espacios de divulgación científica, museos de ciencia y planetarios, están sirviendo para que muchos ciudadanos realicen su primer contacto con el mundo de la ciencia, y deberían por tanto consolidarse y ser apoyados como excepcionales instrumentos de aproximación al conocimiento científico.

Es urgente incrementar la cultura científica de la población. La información científica es una fecundísima semilla para el desarrollo social, económico y político de los pueblos. La complicidad entre los científicos y el resto de los ciudadanos es una excepcional celebración de la democracia. Pero, además, esa nueva cultura contribuiría a frenar las supercherías disfrazadas de ciencia, aumentaría la capacidad crítica de los ciudadanos, derribaría miedos y supersticiones, haría a los seres humanos más libres y más audaces. Los enemigos a batir por la ciencia son los mismos que los de la filosofía, el arte o la literatura, esto es, la incultura, el oscurantismo, la barbarie, la miseria, la explotación humana.



GRANADA STATEMENT

Science is part of the great intellectual odyssey of human beings, one of the many fruits of mankind's curiosity, of the attempt to represent the world we live in. The product of human thought, science is a fundamental part of culture and it is therefore a matter of urgency to get everybody, and particularly humanist intellectuals, to see that science is not an activity that is somehow 'outside' life, and that its answers also therefore have a cultural side to them. More than that: scientific ideas have a profound, sometimes hidden, effect on social ideas.

It seems beyond doubt that to solve many of the problems our world is facing, what is required is more scientific research, fresh talent and continuous coordination with other rational forms of approaching reality. Fear, disdain and reverence are not the most appropriate sentiments for engaging with science. Curiosity and familiarity, by contrast, would appear to be more apposite attitudes. Part of the social interest in science is the result of the breadth and speed of social changes, stimulated largely by scientific discoveries. Science can change our destiny as human beings. Information is, therefore, an essential tool in the ethical debate.

We must do away with the idea that scientific debate is solely the preserve of specialists. In this respect, there are encouraging signs that the traditional barrier between the scientific community and society is breaking down. A new social commitment to science is beginning to emerge that has a bearing on scientists, citizens, governments, educators, public institutions, businesses, the media, etc. In the near future, society's support for science must take shape not only in the form of greater funding for research, but also in the creation of new instruments of social involvement: bioethics committees, the organisation of meetings and debates, specific channels of communication, etc.

Today, there is a glaring mismatch between citizens' interest in science and the lack of information thereon. Informing society about the work of scientists can no longer be a question of individual willingness, efficient press offices, a given researcher being more or less likeable, or his/her work being perceived as more or less socially oriented. We must think about society, learn to address citizens not from a position of lofty self-importance but from one of modesty, be able to provide information that is intelligent and at the same time intelligible. Clarity can never be synonymous with simplification, but rather with quality of communication. Scientific communication must avoid certain risks: trivialisation, looking for attention-grabbing headlines, sensationalism, demagoguery, haste, confusing tests with actual results, etc.

It is no less important to determine the nature of scientific language or, better put, the nature of the language which science must use in order to ensure effective and fluent communication between scientists and society. This is a challenge for everybody and must be constant food for thought. Scientists should overcome their reservations at making their research understandable, at using different language when speaking to ordinary people rather than to colleagues; for their part, journalists should make an effort to be more prepared and to seek greater specialisation. Publishing and media companies should be sensitive to this challenge and in view of it, make an effort to increase the column inches/airspace they give to science. New spaces dedicated to the promulgation of science, science museums and planetariums, all serve a purpose as the places where many citizens come into contact with the world of science for the first time, and should therefore become consolidated and be given backing as exceptional tools for bringing scientific knowledge within reach.

The scientific culture of the population must be nourished as a matter of urgency. Scientific information is the most fecund of seeds for the social, economic and political development of peoples from all countries. Complicity between scientists and the community at large is an exceptional celebration of democracy. But moreover, this new culture will play a part in putting the brakes on fake science, increasing citizens' capacity for critical thought, doing away with fears and superstitions, and making human beings freer and bolder. The enemies that science must defeat are also the enemies of philosophy, art and literature: ignorance, obscurantism, barbarism, poverty and human exploitation.